

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 420

25 CTS.



**La voladora  
de fuego**

FOR  
William Boyd  
Y  
Jobyna Ralston



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN

ADMINISTRACIÓN

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 420

---

## La voladora de fuego

Emocionante novela

Interpretada por

WILLIAM BOYD y JOBYNA RALSTON



EXCLUSIVA DE

**Julio - César, S. A.**

Aragón, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de

JOSEPHINE BORIO



Prohibida la  
reproducción  
Revisado por  
la censura

## La voladora de fuego

*Argumento de la película*

Retrocedemos al año 1894. La Compañía de Ferrocarriles J. M. y T. se hallaba en situación económica muy comprometida, temiéndose la quiebra de un momento a otro. Su presidente Swaford, en un desesperado intento de salvar la situación, había llamado a Kansas City a los dos jefes de división.

—Señores, sólo nos queda un medio de salvar esta crisis—dijo el presidente—. Si no lo aprovechamos, nuestra ruina será inevitable.

—¿Y cuál es?

—El Gobierno nos ofrece un contrato para transportar la correspondencia, a condición de que hagamos el servicio muy rápidamente.

—Si pudiéramos aprovecharlo...

—Hay que hacer lo imposible. Vamos a ver, Reynolds—siguió diciendo Swaford señalando a uno de los consejeros—. Si salimos de Colina



Bend a toda velocidad el domingo por la mañana, ¿a qué hora podremos entregar el correo en Piedmont?

—Pues a las... ocho de la noche del domingo.

—Lo dudo—respondió el otro jefe—. Con los declives y curvas de este terreno, no creo que se pueda entregar al correo sino unas horas más tarde de lo que Reynolds dice.

—¿Que no se puede?—protestó Reynolds—. Haremos cien kilómetros por hora a través de las montañas y entregaremos el correo a la hora fijada.

—Si usted puede hacer eso, el contrato será nuestro y nos habremos salvado—dijo el presidente.

—Yo se lo prometo.

Y una dosis de optimismo invadió a los tres hombres.

Aquella misma tarde, Reynolds se dirigió a la estación de Colina Bend a fin de dar las órdenes oportunas para la gran prueba del correo.

Detúvose ante una locomotora antigua, la vieja máquina número 99, antes famosa con el nombre de "La Voladora de Fuego", hoy objeto de burla de todos menos de su fogonero Jim Bradley, un muchacho optimista y con grandes esperanzas de prosperar.

Reynolds se acercó a él y le dijo con expresión muy amable:

—Le he trasladado a usted a la máquina de

Bat Mullen, porque él va a hacer la prueba del correo el domingo.

—Bien, señor...

—Y he decidido enviar la vieja 99 al depósito de máquinas. A la pobre se le caen ya todas las piezas.

Al ver tan maltratada a la antigua locomotora por la que el muchacho sentía veneración especial, contestó, defendiéndola:

—No haga usted eso, señor Reynolds. Mi padre siempre usaba esa máquina cuando tenía que correr mucho. Está más sana que un dólar.

Bajó de ella y al hacerlo, se desprendieron varias piezas de la misma, trozos de hierro viejo que iban desmoronándose lentamente.

—¿Ve usted como ya está inservible?

—Alguna pieza se le cae a veces por el camino, pero corre como un gamo.

Al ver el interés que el fogonero sentía por la máquina, Reynolds no quiso quitarle aquella ilusión.

—Bueno, Jim; ya que quiere tanto a esa vieja desvencijada, seguirá al servicio y usted será su maquinista.

—Gracias, muchas gracias...

Y saltando de júbilo demostraba su agradecimiento, haciendo copartípe de él al jefe de división y a Tony, un mozo de estación, gran amigo suyo.

En la estación había una cantina, servida por madre e hija. La madre era poco interesante; la hija interesaba demasiado...



Jim se hab'a enamorado de esta muchacha y ella le correspondía con profundo amor.

La joven salió de la cantina y fué a ver a su buen amigo Jim.

—He sido ascendido, Katie; ya soy maquinista—le dijo él, alegremente.

—¿De veras?

—Acabo de ser nombrado... ¡Qué contento estoy! ¡Guiar esta máquina 99! Oye, ¿quieres inspeccionar mi *coche*?

—Con mucho gusto.

Jim subió a su amiga a la máquina y le mostró las diferentes piezas de aquella locomotora primitiva.

Ella sonreía, encantada de su charla locuaz, de su generoso optimismo.

Y de pronto, interrumpiendo su conversación, Katie le dijo:

—¿Tendrás libre el sábado por la noche?

—Me parece que sí.

—Pues toma...

Y ruborizándose puso en sus manos una tarjeta adornada con un lazo azul.

Jim leyó:

*La señorita Katie Murphy invita al señor Jim Bradley a la fiesta de su cumpleaños que se celebrará el sábado por la noche.*

—Muchas gracias, Katie... No faltaré, porque tú eres lo que más me interesa en la tierra.

Y abrazándola estrechamente rozó sus labios con un beso que ella aceptó encendida de rubor.

¡Se amaban! ¡Sus almas sencillas encontraban en el amor la más grande alegría de la tierra!

Ella se deshizo de pronto de sus brazos y señaló a un hombre que acababa de salir de la cantina.

—Allí está el número tres, siempre puntual. Bat Mullen es verdaderamente un buen maquinista.

El joven frunció el ceño y respondió con severidad:

—¿Quién me ha dicho que Bat te pretende?

—No hagas caso. Son cosas de mamá...

—¿De tu madre?

—Mamá dice que Bat ha jurado que si te coje hablando conmigo te va a desollar.

—¡Qué bravata tan estúpida! Katie, yo te defenderé contra los que se opongan a nuestro amor.

—No temas, Jim... sabes bien que sólo a ti te quiero... a pesar de la oposición de mi madre.

Bajaron de la locomotora y se dirigieron lentamente en dirección a la cantina.

La madre de Katie, que deseaba que la joven se casara con Bat, maquinista de categoría, veía con muy malos ojos las asiduidades de Jim. Así, al ver ahora a su hija, corrió hacia ella y apartándola del lado de Jim, la obligó a entrar en la cantina.

Bat, que había contemplado en silencio la anterior escena, avanzó hacia Jim y le miró con un aire intolerable de provocación. Jim contestóle



en la misma forma, y ambos parecieron prontos a desafiarse.

Fijóse Bat que asomaba por uno de los bolsillos de la americana de Jim una invitación para la fiesta del sábado y se sintió invadido por los celos. También él había recibido una de aquellas tarjetas, pero por conducto de la madre de Katie.

Sonriendo con un aire de bravucón, le dijo:

—Oiga, Jim, si quiere usted conservar el pellejo en buen estado, absténgase de ir a la reunión de Katie.

—¡Estúpido! ¿Cree usted que me dan miedo sus bravatas?

—¡Mis bravatas y mis puños!—respondió Bat, exasperado.

Y de un golpe le derribó en tierra, pero Jim, ágil y felino, se levantó rápidamente y cayendo sobre Bat le propinó una fuerte paliza.

Al rumor de la lucha, acudieron varios obreros, las dos mujeres de la cantina y el jefe de la división.

Bat acusó a Jim Bradley de haberle agredido a mansalva y Jim negó esta afirmación, manifestando que la agresión había partido del otro.

El jefe amonestó a ambos contendientes.

—Quiero que haya paz entre ustedes... Estaríamos aviados que esto se convirtiera en un infierno... ¿Quiere usted perder la ocasión, Bat, de llevar el tren en la prueba de velocidad?

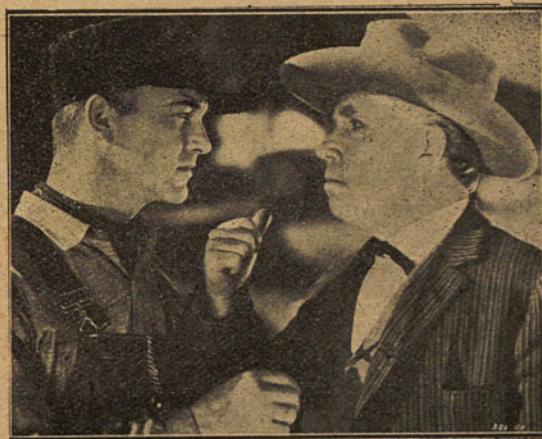
—¡Oh, no!...

—Márchese y que no vuelva a verle reñir.

Y Reynolds mirando a Jim añadió:

—Y usted merece un severo castigo por haber pegado a su compañero. La máquina 99 irá al depósito. Ya no la conducirá usted.

—Pero...



—...usted merece un severo castigo...

—No replique... y a la otra vez que riña, quedará usted despedido de la compañía.

Desesperado, el pobre muchacho se alejó del grupo, maldiciendo su mala suerte que le volvía a hacer insignificante fogonero en vez del ascenso que antes le habían conferido.

Bat entró en la cantina y dijo a un grupo de trabajadores:



—Os aseguro que si ese majadero se deja ver en la reunión de Katie, le mataré.

Katie, que escuchó aquellas palabras, se estremeció... Le pareció que una sombra roja se adueñaba de la casa.

\* \* \*

Llegó la noche del cumpleaños de Katie. Jim en su habitación se estaba acicalando para presentarse dignamente a la fiesta. Había comprado un traje de pésimo gusto, pero que a él le parecía excelente.

Entró en el cuarto de su amigo Joseph, mozo de la estación, quien maravillóse al verle tan elegante.

—¿Pero vas a ir a la reunión después de lo que dijo Bat?—le preguntó, atemorizado.

—¿Por qué no? Claro que iré. ¿Es que crees que temo sus amenazas? Si él es hombre... también yo lo soy.

—Tengo miedo, Jim.

—No te preocupes. Verás como no ocurre nada. Los que más gritan, son los que enmudecen más rápidamente.

—Ojalá no te engañes. Pero, ¿qué es eso?

Cogió Joseph un bello álbum de cubierta de seda y cantos de oro.

—Es un pequeño obsequio para Katie—dijo el joven con humildad.

—Muy bonito.

En la primera página había estas palabras:

*De Jim para Katie*

Luego, seguía en la segunda página una poesía:

*Las encendidas rosas  
Las azules violetas  
Te dirán siempre, amor mío,  
Cómo te ama tu poeta.*

—Eso está muy bien, Jim—dijo, entusiasmado—. Tú eres algo poeta.

—A ratos... Pero esto romperá el hielo y después plantearé la cuestión de mis relaciones con Katie, ante todo el mundo.

—¿Ante Bat también?

—¿Por qué no? Ya te he dicho que no le temo... Pero, ¿tú no vienes a la fiesta?

—No; mejor será que yo me quede vigilando. Los "cowboys" están borrachos y podrían armar pelea con los de la estación.

—¡Es lástima!

—Además, tengo que ayudar a Tony, que está preparando la 99 para su marcha al depósito.

—¡La 99!

Una gran melancolía se apoderó de Jim, recordando el castigo que le habían impuesto.

¡Todos sus sueños desvanecidos! ¡Ah, aquel maldito Bat!

En aquel instante sonaron unos disparos. Ambos hombres se asomaron a la ventana y vieron



a un grupo de "cowboys" que arrastraban con una cuerda al mozo Tony.

—¡Lo que tú decías!—gritó Jim—. Pero voy yo mismo a imponer la paz antes de que se agraven las cosas.

Y sin olvidarse de poner el álbum en uno de sus bolsillos, marchó en busca de los "cowboys" que aquella noche habían bebido demasiado, como acostumbraban hacer muchos sábados.

Los "cowboys" habían cogido desprevenido al mozo Tony y le obligaron a seguirle a cierta taberna.

Conociendo el horror que aquel muchacho sentía por el vino, le hicieron beber, rompiendo en grandes carcajadas ante sus muecas de desagrado.

Iban a divertirse de lo lindo ¡vive Dios!

No contaban con la huésped, en este caso, el huésped, Jim Bradley, quien con aire amenazador entró en la taberna avanzando hacia el grupo de los "cowboys".

—¿Por qué le habéis dado de beber?—gritóles—. ¿No sabéis que todo esto es veneno y está prohibido?

—¿Cómo?—dijo riendo el que parecía llevar la batuta en el asunto—. Entonces, ¿no le gusta a usted lo que gusta a todos los hombres?

—¡A todos, no!

—Pues a mí me da la gana de que usted pruebe este vino que tenemos en la taberna.

—¡No!

—¡Beba... y calle!

Los "cowboys" le rodearon amenazándole con

sus revólveres... Y Jim, ante aquella coacción, no tuvo otro remedio que beber la primera copita de ginebra, un licor que se derramó como fuego líquido por sus entrañas.

El joven hizo espantosas muecas al beber.

—¡Eh! ¿Qué tal?—dijo uno de los "cowboys"—. ¡Beba otra copa!

—¡No... no!

—¡Beba... o disparo!

Y la amenaza fué tan fuerte y hubo tanta decisión de disparar en aquellos hombres casi borrachos, que el pobre Jim tuvo que beber por segunda vez, y repetir aún estas libaciones, tres, cuatro, cinco y más veces.

Y al cabo de media hora, aquel hombre, obligado por la estúpida y peligrosa broma de los borrachos, era ya un embriagado en la reunión.

Había vaciado casi una botella y se tambaleaba con lamentable y vergonzosa inconsciencia.

Uno de los hombres descubrió el álbum que asomaba por un bolsillo de la americana de Jim, y se lo arrebató, sin que el muchacho se diera cuenta de nada.

Apartóse de allí el que le había quitado el álbum y estuvo leyendo con varios camaradas las inflamadas frases poéticas.

Idearon una broma maliciosa, pesada.

Arrancaron la hoja donde estaba el verso, y escribieron en la segunda página y en su sustitución una poesía grotesca.

Devolvieron el álbum a Jim diciéndole:



—Bueno... Es cuestión que no pierdas más el tiempo... Acuérdate de que debes asistir a la invitación de Katie.

—¡Pues... es... es... verdad!—dijo sonrien-



*Y al cabo de media hora...*

do y arrastrando sus piernas temblorosas hacia la puerta.

Y ya en la calle, Jim sentóse unos momentos, y pareció recobrar algo de su antigua serenidad. Y levantándose presto, se dirigió a casa de su amiga.

Seguía bajo los efectos alcohólicos; en torno de él se respiraba una atmósfera de vino fuerte.

\*\*\*

La fiesta en casa de Katie estaba en todo su apogeo. Eran numerosos los invitados y se bailaba a los acordes de una nutrida orquesta.

Pero Katie estaba triste... Pasaba el tiempo y su amado no estaba en la reunión.

¿Por qué? ¡Él tan puntual, tan exacto en todo!

Bat se paseaba ufano y sonriente, como Pedro por su casa. La madre de Katie, muy interesada por él, le guardaba las mejores atenciones. El maquinista avanzó hacia la dueña de sus pensamientos y le dijo:

—¿Qué le parece a usted, Katie, este regalito como mi homenaje el día de su cumpleaños?

La joven cogió, melancólica, un estuche, y descubrió en su interior un dije de oro en forma de su corazón.

—¿Qué le parece?

—¡Oh... muy bonito... mucho!—respondió ella haciendo un esfuerzo por sonreír, pues aborrecía con toda su alma a aquel hombre.

—Dentro puede usted poner su retrato—siguió diciendo Bat.

—¡Ah!

Abrió el dije y vió en uno de los lados del medallón el retrato de Bat.

La joven lo contempló turbada y volvió a cerrar la joya... ¿Es que Bat pensaba que los dos



podían estar juntos, que ella acabaría por casarse con él?

—¡No... no!

Con toda venenosa intención, Bat le murmuró a su oído:



...Katie estaba triste...

—¿Ha visto usted como Jim no ha venido esta noche?

—Tal vez venga más tarde.

—No lo crea. Los cobardes no se mueven de su casa.

—No diga esto.

Interrumpióse la conversación. La música pre-

ludiaba un baile. Katie vióse obligada a regañadientes a bailar con Bat.

Luego al volver a su sitio, el maquinista le dijo, sonriendo alegremente:

—¿Adivina usted quién llevará el correo mañana?

—¡Jim Bradley!—respondió ella con un impulso de su corazón.

—¡No... no!... ¡Qué tontería! ¡Lo llevaré yo!

—¿Usted?

Y apartó los ojos como si no le interesara cuanto a él hacía referencia.

La madre de Katie se llegó a Bat y le murmuró algo al oído. Luego, avanzando hacia el centro del salón, dijo:

—Amigos... Participo a ustedes el próximo enlace de mi hija... con...

Abrióse bruscamente la puerta, interrumpiendo las palabras de la dueña de la casa, que habían hecho estremecer de júbilo a Bat y temblar a la sacrificada muchacha.

Entró, tambaleándose, con el sombrero puesto y oliendo todo él a vino, el pobre Jim, víctima de la maldad de los "cowboys".

Katie corrió alegremente hacia él, pero se detuvo al observar el lamentable estado en que venía.

¡Dios! ¿Qué significaba aquello?

Bat miró con odio a su rival. ¡Qué ganas tenía de aplastarle contra la pared!



Sonriente, Jim descubrióse y dijo a la madre de Katie:

—¡Señora! ¡Felices Pascuas! ¡Feliz año nuevo! ¡Feliz!...

Y luego avanzando hacia Katie, la saludó y dijo:

—¡Hola, Katie!... ¿Cómo estás?... No pude venir antes, ¿sabes? Unos asuntos muy interesantes... me lo impidieron... Pero me he acordado de ti. Toma este álbum.

Y riendo estúpidamente entregó a la joven el álbum que ella, casi con lágrimas en los ojos, abrió.

Una gran sorpresa se apoderó de ella al leer en la segunda página el verso escrito arteramente por los "cowboys" y que decía así:

*Los espinosos cardos  
Y las ásperas ortigas  
Te dirán cuánto te amo  
Mi desgalichada amiga.*

Rompió la muchacha en llanto ante aquella horrorosa burla y se apartó hacia un rincón, mientras Jim, sonriente, murmuraba palabras incoherentes y absurdas.

La señora de la casa avanzó hacia aquel invitado indeseable y le dijo:

—¡Usted está borracho, Jim!... Mejor es que se retire...

—¡Oh, no!...

Pero fué obligado a marcharse, mientras él, en ..

estado de absoluta inconsciencia, seguía riendo con la tragedia de la embriaguez.

Fuera ya el inoportuno, la señora comunicó a todos los invitados, no importándole la negativa



—Toma este álbum.

o la protesta de su hija, pues era de las madres que quieren imponer su criterio en los asuntos del corazón:

—Como decía a ustedes, señores, mi hija, Katie, está prometida al señor Bat Nulen...

Corrieron todos a felicitar a los novios... Bat sonreía de modo ufano, mientras la pobre Katie lloraba, aturdida por las sucesivas emociones y deseando ardientemente la soledad.



Estaría soñando... aquello era una pesadilla... ¡Prometida a Bat! ¡Su amigo Jim insultándola en las páginas de un álbum!... ¡Cuánto horror!

Y arrancando de pronto en doloroso sollozo, abandonó la fiesta, retirándose a su habitación.

\* \* \*

A la mañana siguiente, muy temprano, toda la población de Colina Bend se dirigía a la estación para ver salir el tren correo en aquella importante prueba que iba a realizar hasta la población de Piedmont.

Bat se disponía a guiar la máquina con la que iba a intentar su hazaña de velocidad.

Todos le felicitaban y la madre de Katie era la más exaltada en su entusiasmo.

Murmuraba junto a su hija, que tenía en el semblante retratada la resignación:

—¿No te dije yo que Bat sería un hombre ilustre? ¡Qué marido tan célebre vas a tener, hija mía!

La joven, desengañada de todo, dijo a Bat acercándose a él:

—¡Que tenga usted buena suerte, Bat!

—¡Ya verá usted quién soy yo, Katie!

Ella bajó los ojos. ¡Con qué alegría hubiera roto aquel propósito de casamiento! Pero, ¿cómo contradecir a la madre ilusionada con tal boda?

—Cuando yo vuelva, fijaremos el día de nuestra boda, ¿eh?—dijo Bat, sonriente.

Katie no contestó y alejóse de allí, mientras varios hombres rodeaban a Bat, dándole ánimos. Entre ellos estaba Reynolds, el jefe de la división, quien le dijo:

—Este es el momento más grave de su vida, Bat. Vamos a ver cómo se porta usted. Procure no perder la cabeza.

—De ningún modo.

Katie se había alejado de allí, y Jim corrió a su encuentro. El joven, que había recobrado por completo la serenidad y la noción real de las cosas, pidió perdón a su amiga por el estado en que se presentó la noche anterior y contóle cómo los "cowboys" le habían emborrachado a la fuerza.

—¿Y lo del álbum?—repuso ella.

—¿Qué?

Ella le mostró el insultante verso, y el joven, con lágrimas de indignación, le juró que todo había sido obra de aquellos "cowboys" borrachos, empeñados en hacerle caer en ridículo.

Y fué tan sincera su explicación, tan leales sus protestas de amor, que la joven acabó por creer en la infamia de que le habían hecho víctima.

Ella, a su vez, le explicó el anuncio de la boda. La casaban contra su voluntad.

—¡Eso no será! rugió Jim—. Yo no permitiré de ningún modo que te casen con Bat. Tú me amas... y tú sabes que yo te amo.

—Quizás mamá tenga razón, Jim. Bat es



serio y respetable y ahora va a hacer una gran carrera.

—Yo también haré una gran carrera. Ya lo verás.

—¡Ay, Jim! Bat le dijo al jefe de división que estuviste anoche bebiendo. Temo que te vayan a despedir.

—¿Esto más? ¡Ah, ese maldito hombre!

—Mira, ahora avanza el tren correo.

En efecto, el tren había sido desviado a otra de las líneas para emprender rápidamente la marcha.

Aprovechando que la gente estaba lejos, Jim se dirigió al encuentro de Bat que acababa de descender de la máquina, y le dijo en tono amenazador:

—Usted está tratando de que me despidan, ¿verdad? Pues ándese con cuidado.

—¿Quién eres tú para interrogarme, perro?

—le gritó a tiempo que con un pequeño martillo le daba un golpe en la cabeza, derribándole.

Y riendo de su hazaña, el miserable volvió a avanzar guiando el tren hasta ponerlo frente al grupo que esperaba despedirlo.

Nadie se había dado cuenta de lo ocurrido a poca distancia de allí. El pobre Jim, ayudado por la dulce Katie, levantóse penosamente, enjugándose la sangre de la cabeza.

El tren iba a marchar de un momento a otro.

Bat dijo al jefe de la división y a los empleados:

—Pero, ¿dónde está mi fogonero?

—Aquí estoy, mi jefe, a toda presión—dijo una voz ronca—. Acabo de beber una excelente ginebra y...

Todos vieron que aquel fogonero había bebido y era por lo tanto una imprudencia que subiese al tren.

—¡Usted está borracho!—rugió el jefe de la división.

—No, señor... Sólo he bebido un poco.

—¡Váyase a dormir! ¡Queda despedido!

Vieron pasar al pobre Jim y el jefe le llamó:

—¿Quiere usted ir de fogonero con Bat?

Relampaguearon los ojos del muchacho y también los de Bat, poseídos de odio feroz.

Pero Jim, olvidando en aquel instante todo propósito de venganza y con el deseo únicamente de tomar parte en la hazaña aunque no fuese más que como simple fogonero, aceptó la proposición.

Bat le miró con ira; pero disimuló su contrariedad ante la necesidad de salir cuanto antes para batir la prueba de velocidad ordenada.

¡Antipático Jim! De buena gana lo hubiera metido en el horno para que se calcinara con el carbón.

La joven acercóse a Jim y le murmuró en voz baja, mientras Bat al otro lado de la máquina recibía de su jefe las últimas instrucciones:

—¡No vayas, Jim!... ¡Tengo miedo!

—Nada me ocurrirá... Y en este caso, yo también tendré mi pedacito de gloria.

Maquinista y fogonero se instalaron en sus sitios, en la locomotora. Y pronto el tren se des-



lizó rápidamente, llevando tres coches y con el ansia de llegar cuanto antes a Piedmont, el final del trayecto de prueba, donde el presidente de la compañía Swaford esperaba el resultado de la prueba de velocidad.

Al marchar el tren, Reynolds puso al presidente un telegrama:

*El tren correo ha salido a la hora exacta de Colina Bend.*

\* \* \*

Marchaba el convoy sin novedad. Los dos rivales se lanzaban miradas rencorosas, siniestras. Pero guardaban silencio, obsesionados por la idea de vencer en el servicio que les habían encomendado.

—Mantenga la presión más alta—le dijo de pronto, bruscamente, Bat al fogonero.

Y éste llenó el horno de nuevas paletadas de carbón.

El tren marchaba perfectamente, sin obstáculo alguno, a una gran velocidad que permitiría llegar a la meta a la hora calculada por los elementos directores.

En Hillsdale, un estación de tránsito, un tren cuya máquina era la número 99, esperaba el paso del correo.

Iban a conducir esa máquina vieja a un depósito, pero el maquinista que la guiaba dijo:

—Estaremos aquí hasta que pase el correo.

En aquella estación se encontraba también Tony que había tenido que trasladarse allí para unos asuntos de carga de mercancías.

Y el tren de la prueba seguía devorando las distancias... De pronto, Jim advirtió al maquinista:

—Bat, conviene que moderemos la marcha aquí; la curva del puente es muy pronunciada y podríamos descarrilar y caer en la zanja.

Contemplándole con el profundo desprecio que le inspiraba aquel hombre, Bat le respondió:

—¡Yo no modero la marcha por nada ni por nadie!

—¡Es peligroso!

—¡Cobarde!

No contestó Jim, pero la trágica realidad se cuidó bien pronto de darle la razón.

Al pasar la curva, el tren, impulsado por la demasiada rapidez, saltó sobre los rieles y fué a precipitarse rápidamente en una zanja.

La máquina y los vagones quedaron destrozados.

Por fortuna, Jim resultó ileso, y, espíritu generoso, buscó a su enemigo entre las astillas del convoy.

Logró sacarle con vida de entre un montón de hierros y le trasladó a uno de los ribazos del camino.

Acudieron cuantos esperaban en la estación de Hillsdale, socorriendo a Bat, que estaba desvanecido.



—Creo que se ha roto los brazos—dijo Jim—. ¡Cúidenlo bien!

Y viendo cerca de allí un tren con la máquina número 99, se encendió su alma de emoción, y dijo:

—Bueno, ha fracasado la prueba de llevar el correo en el tren de Bat. Veamos en el otro.

Y contemplando a varios peones que allí había, les dijo:

—¡Hagan el favor de descargar la correspondencia y llevar los sacos a ese otro tren! ¡De prisa! ¡Yo pago el trabajo!

Los peones no se hicieron repetir la orden.

—Vamos a demostrar ahora lo que "La Voladora de Fuego" puede hacer. ¿Quiere usted ayudarme a llevar el correo a Piedmont?—dijo Jim al maquinista de la número 99.

—Yo no puedo hacer esto, ni moverme de aquí sin recibir orden de mis superiores.

—Pues me pasaré sin su autorización... pero yo he de llegar, sea como sea, a Piedmont en el plazo señalado.

Corrió hacia el tren y viendo a su amigo Tony, le dijo:

—Tony, yo te ascenderé si vienes de fogonero conmigo.

—Andando.

Ambos hombres subieron a la máquina número 99, después de pagar cuatro dólares a los obremos que le habían ayudado a transportar al tren la correspondencia.

El maquinista y el fogonero legítimos de "La

Voladora de Fuego" quisieron oponerse a la marcha, pero Jim y Tony con sus fuertes puños les hicieron entrar en razones.

Y el tren partió a una velocidad fantástica.

Entretanto, en la estación de Piedmont seguían aguardando con impaciencia noticias del tren correo.

—Debe haber ocurrido algo—dijo de pronto el telegrafista al presidente de la compañía—pero el tren no ha pasado todavía por Hayes.

—Es muy raro. Tenía tiempo suficiente de hacerlo.

Comenzaban a estar inquietos cuando recibieron nuevas noticias.

—Un tren de carga con la máquina 99 acaba de pasar por el Empalme de Hayes.

Y luego se recibió el aviso:

—La estación de Moss telegrafía que acaba de pasar el tren de mercancías a una velocidad terrible desobedeciendo la orden de detenerse.

El presidente no salía de su asombro. ¿Dónde estaba el correo? ¿Y qué significaba aquel tren cuyo maquinista debía haberse vuelto loco?

—Digan al operador de la estación de Clift-dale que cierren el paso al tren de mercancías—ordenó el presidente.

Así se hizo, pero el tren guiado por Jim y Tony supo pasar a una rapidez de vértigo por aquella estación antes de que hubiera tiempo de desviar.

Y el convoy seguía avanzando y la pobre "Voladora de Fuego" iba dejando en loca marcha,



pedazos de su cuerpo de hierro. Cayó la cubierta, y a punto estuvo de que la chimenea hiciera el mismo camino. Se desmoronaba en pedazos como si no pudiera con aquel esfuerzo incomparable.

Pero era preciso que la Compañía quedase bien, y que se realizase sin obstáculo y en el tiempo prefijado la ruta entre Colina Bend y Piedmont.

Y así fué.

A la hora convenida por la Compañía y el Gobierno, el tren entraba en la estación de término.

Se hallaba allí todo el pueblo de Piedmont con el presidente de los ferrocarriles a la cabeza.

Nadie creyó que aquel tren de mercancías, con aquella máquina de juguete, fuera el tren correo.

Jim y Tony saltaron de la máquina.

El presidente acercóse a Jim y le dijo con violencia:

—¿De modo que usted es el *simpático* maquinista de este tren desbocado?

—El mismo, señor.

—¡Pues queda usted despedido!

—¿Y quién es usted para despedirme a mí?

—¡Soy el Presidente de la Compañía!

—¡Muy bien! Entonces deme usted los cuatro dólares que me ha costado trasladar los sacos del correo a mi tren.

—¡Eh! ¿Qué dice?

—¡Mire usted!

Y le señaló un vagón que Tony acababa de abrir y por donde asomaban los sacos de correspondencia.

—Pero, ¿qué quiere decir eso?... ¿Ha sido usted el que ha realizado esta hazaña?

—¡Sí, señor! Así parece.

Y contó entonces toda la odisea, la catástrofe del otro tren y cómo había subido al mercancías guiado por la vieja "Voladora de Fuego".

Se produjo un entusiasmo delirante.

El presidente abrazó al muchacho y le dijo:

—La Compañía está salvada, gracias a usted, hijo mío... Vaya usted ahora a descansar y yo me encargo de que haga usted una carrera completa.

—Bueno... ¿pero qué hay de mis cuatro dólares?—contestó, riendo.

—¡Tome usted!

Y no fueron cuatro, sino cuatrocientos los que le entregó... Y Tony recibió también una buena parte... y la seguridad de un ascenso definitivo.

\* \* \*

Y al día siguiente regresó el héroe a Colina Bend donde le esperaba todo el pueblo, aclamándole de modo delirante.

Allá estaban Katie y su madre. Esta mujer decía ahora, tranquilamente, a su hija:

—Ya que tal es tu gusto, cástate con él.

Lo que a ella le interesaba era tener un yerno importante... y ahora Bat había fracasado, mientras que el otro...

Bat, con uno de los brazos vendados, acudió



también a recibir al triunfador. Le estaba agradecido por haberle librado de los hierros de la máquina. ¡Ah, si hubiera atendido a tiempo sus indicaciones!



*...dejando a un lado sus rencores...*

Quería olvidarlo todo. Y como viera que Katie no le amaba, acababa de renunciar a su mano. En lo sucesivo no la molestaría más.

Así es que cuando vió a Jim, dejando a un lado sus rencores le felicitó y le estrechó la mano.

Y la madre de Katie acercándose a Jim exclamó con hipocritona sonrisa:

—Yo siempre le decía a Katie que usted era un gran muchacho.

Pero la felicitación más interesante para Jim fué la de Katie, la mujer con la que se iba a casar, sin que obstáculo alguno se interpusiera entre ellos.

Y aquellas gentes que poco antes habían aclamado el anuncio de la boda de Katie con Bat, ahora reían, contentas de que Jim fuera el futuro esposo de la muchacha.

Pero la opinión ajena no le interesaba al triunfador. Su única ilusión era la sonrisa de su amada en la que se concentraban todas las ansias del mundo.

**F I N**

### EN BREVE

en las selectas

Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

## EL DESPERTAR

por VILMA BANKY

No se olvide de

### La Novela del Chofer 30 cts.

La mejor publicación de novelas modernas

Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

### La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.



# Formidable éxito

DE

## La Novela de la Modistilla

Publicación semanal  
de asuntos sentimentales

Números publicados:

¡Y supo defender su amor!  
por F. M. Bistagne y A. Bayón

El despertador  
por José Reygadas

La Reina de las Modistillas  
por M. de Alba

El amor que no engaña  
por Francisco-Mario Bistagne

La modistilla madrileña  
por Abel Molins

¡Adiós, juventud! (El primer amor)  
por Francisco-Mario Bistagne

Esta semana:

La modistilla catalana  
por José Reygadas



Precio: 30 cts.



EB